

La traducción en la historia del libro, la edición y la lectura: una hoja de ruta



Alejandrina Falcón

alejafal@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-2721-0799>

Consejo Nacional de Investigaciones Científica y Técnicas;
Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani",
Universidad de Buenos Aires, Argentina

Ana Eugenia Vázquez

geu.vazquez@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0007-1300-6902>

Universidad de Buenos Aires; Instituto de Literatura Hispanoamericana, Argentina

Alejandra Giuliani

alegiul62@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-9275-9561>

Universidad de Buenos Aires; Universidad Pedagógica Nacional, Argentina

Este monográfico es el resultado de un esfuerzo colectivo por articular espacios disciplinares que no siempre han dialogado con la fluidez que amerita la imbricación de sus objetos: los estudios de traducción y los estudios sobre el libro, la edición y la lectura.¹ Por ello, el propósito de este *dossier* es dar a conocer investigaciones atentas a las condiciones sociohistóricas y políticas en que se despliega la práctica traductora y la experiencia de sus diversos agentes en contextos editoriales del área hispanoamericana.

El análisis de las prácticas de traducción a la luz de los saberes teóricos e históricos propios del mundo de la edición no es novedoso en los estudios de traducción. Otros autores ya han señalado, y demostrado con sus investigaciones, que el reconocimiento de la historicidad de la traducción ha favorecido el acercamiento de la traductología contemporánea a la historia del libro, la edición y la lectura (Pagni *et al.*, 2011). Sin embargo, es posible sostener que, hasta el "giro transnacional" en las ciencias humanas y sociales, esta no ha sido la tendencia dominante en las incipientes historias nacionales de la edición hispanoamericana. Como ha señalado Gisèle

1 Este trabajo colectivo se ha desarrollado a través de una serie de actividades coordinadas por nosotras en grado, posgrado y extensión de la Universidad de Buenos Aires: entre otras prácticas académicas, coordinamos el grupo de estudio Historia del libro, la edición y la traducción (2018-2021), y compartimos docencia en seminarios de grado, maestría y doctorado sobre historia de la edición, la lectura y la traducción editorial en Argentina y América Latina.

Sapiro, la traducción ha sido largamente desatendida por la historia de la edición, pese a constituir, desde la segunda mitad del siglo XIX, el principal modo de circulación internacional del libro (Sapiro, 2014).² Por ello, en el origen de este *dossier* situamos un interrogante: ¿qué herramientas ofrecen los estudios sobre el libro, la edición y la lectura para abordar los temas y problemas planteados por la práctica de la traducción y sus agentes en procesos editoriales?

Desde la década del ochenta del siglo XX, en su forja europea o angloamericana, y desde los primeros años del siglo XXI con pujanza en América Latina, la historia del libro, la edición y la lectura ha constituido un espacio disciplinar cuyo objeto se produce en el cruce de múltiples campos de conocimiento: la historia económica y de las empresas, la historia social, la historia de las ideas, los estudios literarios y bibliográficos, la sociología de la cultura, los estudios sobre medios de comunicación, entre otros.³ Ante este panorama multidisciplinar, la historia del libro, la edición y la lectura recupera una serie de ejes insoslayables desde los cuales pensar las producciones impresas, que, en campos culturales dominados, hacen de la traducción una de sus modalidades privilegiadas. En efecto, en culturas periféricas y de mezcla, como las hispanoamericanas, eminentemente importadoras, no es posible responder a las preguntas rectoras de la historia del libro —¿cómo nacen los libros? ¿cómo llegan a los lectores? ¿qué hacen los lectores con

ellos?— sin dar cuenta de las funciones que traductores y traducciones cumplen en ellas.

Ahora bien, aunque es cierto que textos pioneros, como “¿Qué es la historia del libro?” (Darnton, 1982), no contemplan de manera sistemática a los traductores en la cadena de mediaciones que constituyen el modélico circuito de producción del libro, también es cierto que trabajos posteriores permiten rastrear la importancia creciente de esta práctica intercultural en las preocupaciones de los estudiosos de la historia de la edición y la sociología de los textos. A continuación, proponemos un breve recorrido por trabajos fundacionales con el fin de situar los estudios de traducción en esta interdisciplina pujante.

Cuando en 1982, Robert Darnton publica su célebre ensayo, la historia del libro ya se había convertido en un campo de estudio tan variado en sus objetos y metodologías que su contorno general parecía desdibujarse. El ensayo proponía reencauzar esta dispersión ofreciendo un modelo del circuito general de la producción y el consumo de libros en períodos largos, al tiempo que redefinía su objetivo disciplinar: la historia del libro busca comprender la forma en que las ideas se han transmitido por medio de caracteres impresos y el modo como la difusión de la palabra impresa ha incidido en la historia del pensamiento y en los comportamientos sociales (Darnton, 1982).⁴ Con este giro comunicacional, los estudiosos dejan de interesarse únicamente por la descripción minuciosa de bibliografía, libros raros o ediciones cuidadas, y comienzan a compilar estadísticas, analizar bibliotecas privadas o rastrear corrientes ideológicas en géneros populares.

2 La reflexión sistemática sobre las funciones literarias, sociales e ideológicas de la traducción y sus agentes vendrá de la mano de sociólogos de la edición, de la cultura y la literatura, formados con Pierre Bourdieu: Gisèle Sapiro y Pascale Casanova, esta última conocida como comparatista literaria.

3 Los libros, escribe Robert Darnton, son muchas cosas, “objetos manufacturados, obras de arte, artículos de intercambio comercial y vehículos de ideas. De suerte que su estudio se derrama sobre numerosos campos tales como la historia del trabajo, el arte y el comercio” (Darnton, 2008, p. 273).

4 Su origen se remonta a la erudición renacentista y, en particular a la bibliografía analítica inglesa decimonónica, centrada en el estudio de los libros como objetos materiales; el desvío de esta corriente tradicional se produce en la década de 1960 con historiadores vinculados a la escuela de la revista *Annales* de historia socioeconómica.

La historia del libro se constituyó así en “historia intelectual desde abajo”, interesada en la creación de sentidos a partir de la práctica lectora no solo en los grupos tradicionales, sino especialmente en la experiencia de los lectores comunes.

Basado en fuentes del siglo XVIII, el circuito de la comunicación a través de la imprenta, propuesto por Darnton, pretendía convertirse en una herramienta metodológica para analizar los procesos de producción, circulación y recepción de objetos impresos en sociedades determinadas y épocas históricas precisas, desde la perspectiva del quehacer de autores, editores, impresores —tipógrafos e imprenteros—, proveedores de papel y tinta, viajeros —agentes internacionales, contrabandistas, carreteros—, vendedores, encuadernadores y lectores —compradores, prestatarios, clubes y bibliotecas—, censores, todos ellos situados en la coyuntura económica y social, regidos por dispositivos legales y políticos (Darnton, 1982, p. 158).

Pese a postular que toda historia del libro ha de ser internacional,⁵ este modelo inicial del circuito del libro no consideraba a los traductores como actores identificables en la red de mediadores de una historia social y cultural por medio de la imprenta. Sin embargo, años más tarde, tras las críticas recibidas a este intento de modelización, Darnton reconocería haber omitido “tomar en consideración la reelaboración de los textos en las nuevas ediciones, las traducciones y los cambiantes contextos tanto de la lectura como de la literatura en general” (Darnton, 2008, p. 9). La etapa de “supervivencia”, como la denominaron sus críticos Thomas R. Adams y Nicholas Barker, es aquella instancia postrera del circuito del libro que permitiría analizar la producción de reediciones y traducciones (Darnton, 2008, p. 9).

5 Pues los límites nacionales no permiten explicar la gravitación de fenómenos como la piratería, motivada por cuestiones comerciales o de censura.

En 1987, paralelamente a la producción de la importante historia de la edición francesa en cuatro tomos, Chartier registra un movimiento disciplinar que avanza desde la historia social del libro, con su elenco de actores, a la historia de la edición moderna, interesada en el nuevo rol del editor como intelectual decisor diferenciado del impresor-librero característico del “Antiguo Régimen tipográfico” (Chartier, 1994; Chartier y Martin, 1990).

En efecto, desde la formación de las sociedades modernas, la edición se fue conformando como un proceso complejo y mediado por la acción curatorial del editor, a través del cual las ideas se transforman en libros, revistas, panfletos, otros objetos físicos y, luego, también virtuales.⁶ Desde entonces la edición se concibe como una actividad a la vez cultural y económica, que produce bienes ofrecidos en el mercado, pero valorizados en función de lógicas específicas de la producción y el consumo cultural.

Así, la propuesta de una historia social de quienes fabricaban los libros se abriría camino hacia una “sociología cultural retrospectiva” preocupada ya no solo por la producción y la circulación, sino también por los usos de los impresos y los sentidos producidos en el encuentro entre el mundo del texto y el mundo de los lectores, encuentro modelado por las formas materiales en que los textos se dan a la lectura.

6 El concepto de edición históricamente ha abarcado sentidos que van del acto de “hacer público y autorizar” un manuscrito (Edad Media) a la actividad editorial concebida principalmente como una actividad comerciante (Antiguo régimen tipográfico), pasando por el proceso de constitución de la edición como profesión autónoma y la figura del editor en sentido moderno. Concebida a partir de 1830 como actividad intelectual, independizada de las prácticas técnicas de la imprenta y de la actividad de librería, el editor moderno concentra el proceso de fabricación de impresos (Chartier, 1990).

Transmutada en historia de la lectura, la historia del libro y la edición procura restituir las formas en que lectores diferentes se apropian de los textos puestos en libros, atendiendo a variaciones cronológicas y diferencias socio-culturales. La preocupación por las formas de apropiación, que signaba este recorrido de la historia del libro a la historia de la lectura, permitió la productiva recepción de la “sociología de los textos” propuesta por Donald McKenzie (2005).

Esta disciplina, que “estudia los textos como formas registradas, así como los procesos de su transmisión, incluyendo su producción y su recepción” (McKenzie, 2005, p. 30), se basa en el supuesto según el cual los dispositivos organizadores de las diversas formas de publicación determinan de manera variable la producción de sentido. Por tanto, la historia de la lectura y de la cultura escrita en general no puede escindirse de los objetos materiales en que encarnan los textos: no es posible separar el análisis de las obras del análisis de las formas materiales en las cuales los lectores del pasado se enfrentaron a ellas.

Manuscrito o impreso, el libro supone la existencia de múltiples agentes y múltiples intervenciones. Entre las diversas etapas de esa mediación múltiple, incidirá el paratexto, el soporte y su entorno. Sin duda es central el papel del editor en este proceso, pues es quien transforma el texto en libro, lo inscribe en una colección o serie del catálogo, lo pone a circular por los canales más adecuados para maximizar el encuentro con los lectores; por tanto, amplifica la obra (Bhaskar, 2013) e incide en su jerarquización en el seno del espacio de recepción. Sin embargo, en el caso de una traducción, eventualmente, contaremos con iluminadores paratextos de traductor u otro agente importador, que contribuyen a modelar representaciones locales de culturas foráneas (prólogos del traductor, notas al pie, glosarios) al tiempo que trasuntan normas y creencias de una época.

Desde los estudios académicos, es preciso considerar las materialidades en las que se sitúan y situaron los conocimientos disciplinares, dado que los libros y demás objetos editoriales materializan discursos históricos, políticos, literarios y técnicos. De ese modo, los historiadores del libro y la edición comenzaron a pensar el tema de la traducción y de los traductores en la cultura impresa postulando que la traducción era una forma de apropiación de los textos en la instancia de recepción.

Desde una perspectiva hispanoamericana, interesan en particular los conceptos vertidos en la década del noventa en *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier* (1999). Allí los editores y traductores mexicanos Carlos Aguirre Anaya, Jesús Anaya Rosique, Daniel Goldin y Antonio Saborit planteaban de manera explícita (y quizá precisamente en virtud de su condición de intelectuales mexicanos) la pregunta por el papel de las traducciones de libros en las literaturas nacionales y, en particular, en los espacios nacionales subsidiarios de un proceso de cultura central. La respuesta de Chartier fue vincular la práctica de la traducción al concepto de “apropiación”.

La traducción como apropiación tendría, según Chartier, dos manifestaciones: por un lado, en su primera acepción, el concepto de apropiación, tal como lo definía Foucault, describe “los dispositivos que intentan controlar la difusión y la circulación de los discursos, estableciendo la propiedad de algunos sobre el discurso a través de sus formas materiales” (Chartier, 1999, p. 90). Por otro lado, en el sentido hermenéutico, consistiría en aquello que “los individuos hacen con lo que reciben, y que es una forma de invención, de creación, de producción desde el momento en que se apoderan de los textos o de los objetos recibidos” (Chartier, 1999, p. 90). Así, constata Chartier, el concepto de traducción como apropiación condensa los sentidos de control e invención, articula la imposición de unos sentidos y la producción de otros nuevos.

Ahora bien, aquello que interesa a Chartier es “el problema histórico e historiográfico: ¿cómo hacer la historia de las apropiaciones?”. Para ello se necesitan fuentes, dice, y ni los archivos de la Iglesia, del Estado o los clásicos archivos de la historia dan cuenta de ello. Una posible respuesta a esta pregunta puede hallarse en otra entrevista a Chartier, esta vez por los estudiosos de la traducción y traductores Juan Gabriel López Guix y Albert Freixa (1999, pp. 147-152), donde Chartier presenta otra clasificación, que de algún modo interseca la anterior: habría dos niveles de traducción, la lingüística y la traducción editorial de un texto para un público, que va desde el aristocrático, burgués de librería, hasta los lectores de la literatura de *colportage* (p. 152).

De algún modo, la potencialidad de los textos, constantemente redefinidos por las modificaciones que escanden su existencia, descansa en su materialidad: los libros se afirman gracias a sus títulos, sus autores, sus lugares en un catálogo o una biblioteca, sus ilustraciones de portada, su tamaño y al conjunto de paratextos en los que emerge la voz plural de sus hacedores, desde el editor al autor pasando por el traductor o la traductora. Un indicador del creciente interés de Chartier por la problemática de la traducción y los traductores puede hallarse en la multiplicación de apartados y capítulos de sus libros explícitamente dedicados al tema, y aun en el título mismo de su obra más reciente: *Editar y traducir. La movilidad y la materialidad de los textos* (2022a).

Tras este “giro material”, el “giro transnacional” de la historia del libro, la edición y la lectura consumó la emergencia de la traducción en la agenda de los estudios editoriales y abrió las puertas para estudiar el rol de las traducciones y los traductores en la circulación internacional de obras e ideas, así como las transformaciones operadas en el pasaje material de los textos fuente a sus traducciones en la cultura editorial meta, y los sentidos creados en la recepción a partir de las operaciones

de marcado editorial y recepción intelectual (Bourdieu, 2002).

En este sentido, Lyons y Mollier (2012) han impulsado un programa para una historia transnacional del libro especialmente atenta a los fenómenos de traducción y al rol primordial de los traductores en la circulación de ideas y bienes culturales. Una historia transnacional del libro, en sus términos, “interroga los intercambios múltiples y recíprocos que exceden las fronteras nacionales de cada estado-nación, y constituyen el cotidiano de los hombres y mujeres que los habitan” (2012, s. p.).

Para intentar responder al programa propuesto y llegar a establecer una suerte de panorama de los estudios en materia de historia transnacional, y por tanto transcultural, del libro, estos autores han sugerido cuatro grandes ámbitos de exploración: las traducciones (una historia transnacional del libro debe comprender los estudios de traducción para situar mejor el rol primordial de los traductores como intermediarios o como “pasadores” culturales), las transferencias culturales entre centros y periferias (la historia transnacional del libro interroga la adaptación y la recepción de un autor específico o de un género literario entero en una nueva área lingüística), el derecho internacional y los organismos transnacionales (la historia transnacional comprende la historia de las organizaciones internacionales y las del derecho internacional).

En síntesis, una reflexión crítica sobre los problemas de la traducción editorial es relevante hoy para los saberes teóricos, históricos y prácticos vinculados con procesos, actividades y oficios propios del mundo del libro y la edición, por los diversos motivos esbozados aquí, que pueden sintetizarse del siguiente modo.

En primer lugar, desde la perspectiva de una historia social de la cultura impresa, pues la traducción es una de las formas de profesionalización de la escritura, una figura clave en la

cadena de producción de libros, al tiempo que portavoz de normas sociales situadas en tiempo y espacio. En segundo lugar, desde la perspectiva de la historia de la lectura, porque el traductor es un lector que escribe su lectura y, en las sociedades contemporáneas, un “lector profesional” a menudo capaz de incidir en la selección de textos a traducir. En tercer lugar, desde la perspectiva del giro material, porque la traducción constituye una de las formas de apropiación creativa del sentido, y en los paratextos de los libros traducidos podemos hallar indicios de los diversos sentidos adjudicados en los nuevos campos lingüísticos y culturales de recepción. En cuarto lugar, desde la perspectiva de una historia transnacional del libro, la traducción es un instrumento de análisis para indagar la geografía literaria, los estudios de transferencias culturales y las historias conectadas, que son la forma dominante de la historia global (Chartier, 2022b).

El propósito de este *dossier* es propiciar la difusión de nuevas investigaciones y posiciones críticas sobre el lugar de la traducción en los estudios históricos sobre el libro, la edición y la lectura. Hemos invitado a colaborar con aportes teóricos, metodológicos y empíricos a la reflexión sobre el lugar de la traducción y sus agentes en los estudios sobre el libro, la edición y la lectura, así como dar a conocer y problematizar diferentes enfoques sobre la edición y circulación de libros, la traducción editorial y la lectura. Se valoraron especialmente los trabajos que analizan críticamente periodizaciones, la jerarquía de temas y problemas ya trabajados, señalando áreas más desarrolladas —tales como los trabajos sobre editores y casas editoriales— y emergentes —entre ellas, los estudios de traducción editorial y los trabajos sobre mujeres en el mundo editorial—.

Los dos primeros artículos de este *dossier* trabajan sobre traducciones y traductores de textos políticos y religiosos durante lo que Chartier ha denominado Antiguo Régimen Tipográfico, previo a la profesionalización del editor y

a la emergencia de un mercado editorial moderno. En “Repensar la historia, circulación y traducción del libro al principio del periodo novohispano: las traducciones y ediciones de fray Juan de Zumárraga y Cristóbal Cabrera (1539-1549)”, Miguel Santiago Flores Colín contribuye a la reflexión sobre las fuentes de la historia de la traducción y de los traductores, así como sobre la disponibilidad de esas fuentes en archivos digitalizados. El autor aborda dos figuras de traductor en el período novohispano, hacia mediados del 1500: fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, y Cristóbal Cabrera, su secretario y pionero del humanismo español, autor de la primera traducción al latín de los textos patrísticos griegos con carácter pedagógico que se publicó en México.

Situado en los debates en torno de la libertad de imprenta “La traducción y el debate sobre la libertad de imprenta en Buenos Aires en 1816”, de Alejandro Pautasso, se instala en el cruce entre los estudios del impreso y la historia intelectual y de los conceptos. Desde esa perspectiva, analiza la traducción de tres capítulos de *De L’Homme*, de Helvétius, y de algunos fragmentos de la *Constitution de l’Angleterre*, de De Lolme, ambos textos publicados en el periódico *El Independiente*, editado por Pedro José Agrelo en 1816. A partir de las estrategias de recorte, omisión, comentario y adición empleadas en la versión española del texto, Pautasso exhibe las manipulaciones y apropiaciones del sentido operadas por el editor del periódico, en especial en lo que atañe a las nociones de verdad, derecho a la resistencia y libertad de prensa, y postula la función política de esta traducción en el contexto del debate sobre la libertad de imprenta que se produjo en Buenos Aires a partir de las revoluciones independentistas. Señala así la centralidad conjunta que la traducción y el soporte periodístico tuvieron para la formación de la opinión pública argentina del siglo XIX.

Considerando la historia editorial en el Uruguay desde la emergencia de un mercado

editorial moderno hasta el presente, sobre la base de herramientas metodológicas propias de la *big translation history*, Cecilia Torres Ripa, Rosario Lázaro, Leticia Hornos Weisz y Lucía Campanella invitan a reflexionar sobre el problema de la periodización de la producción de traducciones de libros a través del relevo de títulos literarios traducidos y nombres de traductores en diversas bases de datos en el artículo “Hacia una caracterización y periodización de la traducción editorial en Uruguay: 1871-2021”. Entre los actores principales de la traducción literaria destacan las imprentas, las entidades públicas, los conglomerados, los medios de prensa y, principalmente, las editoriales. En efecto, el artículo se detiene en el trabajo traductor de las casas editoriales, categorizadas según su envergadura empresarial, contabilizando los títulos traducidos por ellas y vinculando esas traducciones con la dimensión de la circulación de libros.

Los siguientes tres artículos giran en torno a las transferencias culturales y a la trayectoria de mediadores entre la URSS e Hispanoamérica. Enfocan fenómenos inscritos en políticas y prácticas de traducción encarnadas por escritores de izquierda, exiliados políticos e intérpretes profesionales. Los autores muestran cómo la circulación internacional de los agentes promueve una extendida producción editorial de traducciones entre ambos espacios.

En “Traductores e intérpretes en la literatura de viajes a la Unión Soviética publicada en España e Iberoamérica (1924-1934)”, Marcos Rodríguez-Espinosa explora una serie de relatos de viaje a la URSS producidos por autores españoles e iberoamericanos entre las décadas de 1920 y 1930, y en ellos ilumina la función clave de los encuentros personales con intérpretes, traductores, funcionarios estatales, escritores del realismo socialista y especialistas en literatura española o latinoamericana. Estos diversos cruces produjeron tensiones ideológicas y lingüísticas, pero fueron también condición de posibilidad para un intenso flujo de traducciones entre la

URSS, España y América. Al igual que los traductores, los autores de relatos de viaje se vieron obligados a negociar entre culturas y a sopesar detenidamente el impacto que sus textos podían tener para la construcción de la imagen internacional del comunismo ruso.

Por su parte, el artículo “Literatura ruso-soviética en la editorial Claridad. Apuntes sobre el catálogo y las traducciones directas del ruso”, de Florencia García Brunelli, propone un análisis del catálogo de la Editorial Claridad atento a sus diversas etapas y al lugar que ocupa la traducción directa en cada colección de la editorial. Hacia la década de 1930 se produce un aumento significativo de la circulación de traducciones directas del ruso en Argentina, motivada por la intensa labor de publicación llevada a cabo por la editorial Claridad como parte de una estrategia de resistencia cultural ante el gobierno de facto del presidente José Félix Uriburu.

La autora sostiene que, entre 1925 y 1935, esta modalidad sirvió ante todo como forma de difusión y promoción de textos teórico-ensayísticos soviéticos, lo que coincide con un momento de radicalización de la militancia argentina de izquierda y con el intento del socialismo local de acercarse a la URSS. A partir de 1935, el tono combativo se modera y el catálogo da un vuelco hacia la literatura y la biografía de autores canónicos del siglo XIX y XX con un perfil antidictatorial. En este nuevo contexto, la defensa de la traducción directa opera como una forma de garantizar el contacto con las fuentes, la fidelidad a los contenidos y el “acercamiento” a la cultura soviética.

Último artículo de este bloque, “Lila Guerrero y sus traducciones de la literatura ruso-soviética publicadas en editoriales argentinas (1940-1970)”, de Érica Brasca, reconstruye la trayectoria de la escritora y traductora Lila Guerrero entre 1940 y 1970, labor que desarrolló sobre todo traduciendo literatura ruso-soviética para proyectos editoriales de

izquierda. La autora inserta a Guerrero en la red de escritores y editoriales asociados al Partido Comunista, con quienes establece contacto a partir de su viaje a la Unión Soviética a finales de la década de 1920. Esta experiencia, sostiene Brasca, es la que también permite explicar el repertorio y las estrategias de traducción de Guerrero. La redacción de prólogos en los que inserta recuerdos de sus encuentros personales con los escritores que traduce y el recurso a la aclimatación de nombres propios y referencias culturales son constantes que signan su figura de traductora comprometida con la promoción del modelo soviético.

Los textos de Ivana Mihal y Eugenia Pérez Alzueta exploran las posibilidades analíticas ofrecidas por la puesta en colección y la dimensión paratextual como fuente privilegiada para contrastar las voces de los diversos agentes involucrados en la producción de los libros. En “Traducción editorial en torno a la cultura escrita: Espacios para la Lectura, una colección del Fondo de Cultura Económica (1999-2003)”, Mihal analiza la colección Espacios para la Lectura, lanzada por la editorial Fondo de Cultura Económica en 1999 bajo la dirección del mexicano Daniel Goldin Halfon, y compuesta en un sesenta por ciento por traducciones del francés y el inglés. Desde sus inicios, la colección se propuso cubrir, para un público amplio, un área de vacancia en América Latina, la de los estudios del libro, la lectura y la edición, con una atención especial por la literatura infantil y juvenil, aporte fundamental en el contexto de las campañas de alfabetización y fomento de la lectura que signaron a América Latina en la década de 1990.

Mihal se detiene en el nivel micro del estudio de la circulación de las traducciones propuesto por Gisèle Sapiro, es decir, el que concierne a las estrategias de confección de catálogos y colecciones, sus motivaciones y agentes. A partir de un análisis de la posición dominante de las traducciones en los catálogos, de las menciones a diversos problemas de traducción en

los paratextos editoriales y de las trayectorias prestigiosas de los traductores involucrados, Mihal sostiene que la centralidad de la práctica traductora en la conformación de la colección produce la tematización de la traducción como objeto de estudio, previa a la constitución de los estudios de traducción en el continente.

En “Academia de traductores: traductores y retraducción en la colección Colihue Clásica”, Eugenia Pérez Alzueta aborda las declinaciones de la figura del traductor académico en la colección de Clásicos de la editorial argentina Colihue a partir de las diversas normas que se despliegan en los paratextos de sus traducciones: el uso o rechazo de notas de traductor, la selección de determinada variedad del español, la tendencia a la fidelidad o a la fluidez. Por tratarse de una colección de grandes clásicos literarios y filosóficos en dominio público, la retraducción a cargo de un especialista constituye el valor diferencial del catálogo, por lo que los traductores y las traductoras que participan de la colección se ven enfrentados a la pregunta de por qué volver a traducir lo ya traducido. En las respuestas que elaboran cristalizan representaciones de la traducción que, aunque presentan cierta tendencia dóxica a la adecuación, no dejan de ser múltiples y heterogéneas y dan cuenta de diversas estrategias de acumulación de capital simbólico por parte de los traductores.

Los tres últimos artículos abordan temáticas de la traducción editorial situadas en las problemáticas de la vinculación entre campos editoriales centrales y periféricos. El artículo “El rol de las traductoras en la circulación de la literatura hispanoamericana contemporánea en Francia: estrategias, procesos, redes y militancias”, de Io Paula de la Vega, se inscribe en la sociología de los bienes simbólicos y se funda en entrevistas semidirigidas a ocho traductoras independientes de literatura hispanoamericana en Francia. Desde esta perspectiva analítica y sobre la base de estas fuentes producidas, la autora reconstruye las condiciones

materiales de la práctica traductora. Al explorar así las diversas trayectorias profesionales, sus redes, los recursos económicos y simbólicos con los que cuenta, las normas que las restringen y los marcos de acción posibles, la autora despeja la dimensión política de la actividad y la capacidad de las traductoras de agenciarse, subvertir las normas establecidas y visibilizar su práctica profesional.

A pesar del lugar marginal de la literatura en lengua española y de la precariedad profesional en la que se encuentra sumida la traducción en el campo editorial francés, De La Vega sostiene que la mediación multinivel ejercida por estas traductoras (su talento para identificar textos no traducidos interesantes, sus estrategias de intervención a través de la reescritura traductiva, su compromiso en la promoción de los libros) permite explicar su centralidad en la circulación de la literatura escrita por mujeres americanas en el mercado francés contemporáneo, así como su contribución a la bibliodiversidad que, al dar lugar a nuevas voces e idearios feministas, resiste las lógicas estrictamente rentables de los grandes grupos que dominan la edición europea.

En la misma línea temática, “Edición y traducción de literatura en el Litoral argentino. Un relevamiento contextualizado desde fines del siglo XIX al presente”, de Bernardo Orge, explica la escasa proporción de traducciones editadas hoy en día en el circuito editorial inmediato formado por las ciudades de Rosario, Paraná y Santa Fe a partir de una serie de escenas de traducción, que se remontan a principios del siglo XIX y que le permiten identificar, desde los aportes de la sociología de la traducción, dinámicas históricas que explican tal escasez. Orge se detiene en la figura lábil del traductor —quien suele dedicarse a otra actividad—, como fueron los casos del intendente Gabriel Carrasco o los poetas Arturo Fruttero y Juan L. Ortiz o el abogado Miguel Brascó. Analiza también el poco interés que la traducción genera en las editoriales locales, de pequeña

o mediana escala, por las dificultades logísticas que acarrea. Sin embargo, a partir de la década de 1990, con editoriales como Beatriz Viterbo o Serapis, se producen ciertas modificaciones —profesionalización de las tareas editoriales, aprovechamiento de herramientas informáticas, construcción de catálogos de autor atentos a nichos rentables y con miras a un mercado nacional— que dan cuenta de una intención comercial, lo que acarrea un aumento de las traducciones. Como continuidad histórica, el autor señala la voluntad de los agentes de establecer redes antes que introducir novedades y la importancia central del financiamiento público.

En la sección “artículos de reflexión”, “¿Y dónde están los datos? Reflexiones sobre la información disponible en el campo de la traducción editorial”, Gabriela Adamo y Victoria Rodríguez Lacrouts parten de una constatación, la ausencia de información sobre la producción, compra y venta de traducciones en las escasas bases de datos sobre la actividad editorial en el Sur Global. Para el caso argentino, las autoras cuentan con los registros elaborados por la fundación privada TyPA, el Programa Sur, la Cancillería argentina, que abarcan los últimos diez años de ventas de derechos de traducción, por lo que constituyen una fuente sesgada, pero de enorme valor.

Sus sucesivos informes parecen indicar la existencia de un mercado externo para la activa producción editorial local, prometedor en un contexto de recesión del mercado interno. A partir de este diagnóstico, las autoras proponen una serie de medidas que permitirían mejorar la eficacia en la toma de decisiones editoriales, en especial, reforzando el trabajo colaborativo entre los diversos agentes que componen el sector.

En síntesis, este *dossier* convocó a colaborar con aportes teóricos, metodológicos y empíricos a la reflexión sobre el lugar de la traducción y sus agentes en los estudios sobre el

libro, la edición y la lectura, con la intención de dar a conocer y problematizar diferentes enfoques sobre la edición y circulación de libros, la traducción editorial y la lectura.

Finalizamos esta presentación expresando nuestro agradecimiento al equipo editorial de la revista *Mutatis Mutandis*. Queremos manifestar nuestro reconocimiento a Juan Guillermo Ramírez Giraldo, editor y director de la revista, pues este *dossier* ha llegado a buen puerto gracias a su compromiso intelectual y disposición al diálogo. Agradecemos asimismo a los pares evaluadores porque sus dictámenes han contribuido a la reflexión colectiva y al diálogo académico.

Referencias

- Bhaskar, M. (2013). *La máquina de contenido. Hacia una teoría de la edición desde la imprenta hasta la red digital*. Traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz. Fondo de Cultura.
- Bourdieu, P. (2002). Les conditions sociales de la circulation internationale des idées. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 145, décembre.
- Chartier, R. y Martin, H. J. (Eds.) (1990). Les temps des éditeurs. Du romantisme à la Belle Époque. *Histoire de l'édition française* (tomo III). Promodis.
- Chartier, R. (2022a). *Editar y traducir. La movilidad y la materialidad de los textos*. Traducción de Georgina Fraser. Gedisa.
- Chartier, R. (2022b). Traducción. En P. Araya y Y. González (Eds.), *El pequeño Chartier ilustrado. Breve diccionario del libro, la lectura y la cultura escrita*. Ampersand.
- Chartier, R. (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. Fondo de Cultura Económica.
- Chartier, R. (1994). De la historia del libro a la historia de la lectura. En *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (pp. 13-40). Traducción de Mauro Armiño. Alianza.
- Darnton, R. (1982). ¿Qué es la historia del libro? En *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural* (pp. 117-146). Traducción de Antonio Saborit, Emma Rivas Mata y Abel Ramos Soriano. Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, R. (2008). Retorno a “¿Qué es la historia del libro?”. Traducción de Horacio Pons. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 12(2), 157-168. Universidad Nacional de Quilmes. https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Darnton2_prismas12/632
- Lyons, M. y Mollier, J.-Y. (2012). L'histoire du livre dans une perspective transnationale. (En Pour une histoire transnationale du livre, número especial dirigido por Martin Lyons y Jean-Yves Mollier), *Histoire et Civilisation du Livre. Revue Internationale*, 8. https://revues.droz.org/HCL/article/view/HCL_8_9-20/html
- López Guix, J. G. y Freixa, A. (1999). Entrevista a Roger Chartier. *Quaderns. Revista de traducció*, 3, 147-152. <https://www.raco.cat/index.php/QuadernsTraduccio/article/download/25200/25034>
- McKenzie, D. F. (2005). *Bibliografía y sociología de los textos*. Traducción de Fernando Bouza. Akal.
- Pagni, A., Payàs, G. y Willson, P. (Coords.) (2011). *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*. Universidad Autónoma de México.
- Sapiro, G. (2014). Introduction. Inégalités et rapports de force sur le marché mondial de la traduction. *Bibliodiversity. Journal on Publishing in Globalization*, 3, https://www.alliance-editeurs.org/IMG/pdf/translation_and_globalization_bibliodiversity_3-2.pdf

Cómo citar este artículo: Falcón, A., Vázquez, A. E., y Giuliani, A. (2024). La traducción en la historia del libro, la edición y la lectura: una hoja de ruta. *Mutatis Mutandis, Revista Latinoamericana de Traducción*, 17(2), 255-264. <https://doi.org/10.17533/udea.mut.v17n2a01>